

calidad. En las fábricas de vidrio de Dusseldorf (Alemania), el tránsito de once á ocho horas no causó ninguna perturbación. Un gran industrial, sir John Gorst, decía en el mes de febrero de 1891: "El hombre que trabaja más de lo que le conviene su naturaleza trabaja mal, porque no puede recobrar normalmente el gasto de energía que se ha impuesto. La excesiva duración de la jornada reduce la producción en vez de aumentarla. Bastarán para probarlo dos ejemplos: el de las fábricas de lienzos de Planen, donde la reducción del trabajo diario de doce á diez horas ha acrecentado las ganancias; el de laserrerías mecánicas del gran Ducado de Baden, que estaban á punto de cerrarse y se hallan hoy prósperas gracias á la rebaja de la jornada de diez y seis á catorce horas".

En una Memoria oficial de la Cámara de Comercio é Industria de Brünn (Austria), publicada recientemente, leo lo que sigue: "Era costumbre antigua en la fábrica de tules y encajes de Lettowitz (Mo-

„ravia) reducir durante la *morte-saison* la jornada de trabajo. Años atrás se venía repitiendo el mismo hecho sin que el fabricante cayera en la cuenta de que la cantidad de hilo consumida, no obstante esa rebaja en las horas de labor, era la misma que en los meses de invierno. Recientemente se le ocurrió al patrono abrir una información para averiguar la causa de este fenómeno, que él achacaba á constantes sustracciones de la primera materia. La información demostró el profundo error en que vivía el capitalista. Los tejedores producían lo mismo en la jornada larga que en la corta, pues las dos horas y cuarto de menos en esta última no alteraban la producción. Con este persuasivo ejemplo se demuestra que el ahorro del vigor del obrero no compromete, sino que asegura los rendimientos industriales mecánicos máximos.

Engel Dollfus, gran industrial de Mulhouse, recogiendo el fruto de sus experiencias personales, al sustituir la jornada de diez horas á la de doce, afirma que tal re-

forma implica una disminución en el número de accidentes, el perfeccionamiento de los objetos manufacturados, una baja en los gastos generales y la permanencia de igual producción. El ensayo más afortunado se hizo en Manchester por la Casa Mather et Platt. Lo refirió en estos términos el *Times*: "Mr. Mather, miembro del Parlamento é importante industrial, acaba de notificar á sus colegas los constructores mecánicos, así como á los Sindicatos obreros de la misma industria, el resultado de una experiencia sostenida con éxito por su Casa durante el espacio de un año, reduciendo el trabajo semanal desde cincuenta y tres á cuarenta y ocho horas sin reducción de salarios. El aumento de los jornales por efecto de la rebaja en la jornada se ha visto compensado por la economía sobre el capital fijo: menor desgaste de las máquinas, menor consumo de combustible y de alumbrado. El experimento es tan concluyente que en adelante la regla de la fábrica será las cuarenta y ocho horas de trabajo semanal, y Mr. Ma-

ther se creyó en el deber de comunicar los resultados obtenidos en su Casa á los directores de los principales departamentos del Estado. En su consecuencia, las autoridades del arsenal militar de Woolwich adoptan el régimen de las cuarenta y ocho horas de trabajo hebdomadario y los directores del arsenal marítimo se proponen seguir igual ejemplo."

Mr. Mather completó el relato del *Times* publicando interesantes notas en una importante revista inglesa. Decía entre otras cosas: "El caso de los talleres de Salford demuestra que las dos primeras horas de trabajo durante la mañana, antes del primer desayuno, no valen el sacrificio que representan para los patronos y para los obreros... Son dos horas poco menos que nulas como eficacia de trabajo, y además vician el resto de la jornada. Cuanto tienda á sobrecargar la energía física y mental de los obreros resulta en pura pérdida para el capitalista, porque disminuye el vigor de aquéllos, su sano impulso en la tarea diaria, la alegría que

„debe presidir á todo trabajo si se quiere
„que dé el mayor fruto posible„.

Y añadía, invocando el éxito de sus ensayos: “Los obreros trabajan así en armonía con una ley natural. El mejoramiento de la vida de familia, la posibilidad para ellos de gozar del hogar antes de emprender la faena, estimula un *arranque* que influye sobre toda la jornada„. Mr. Mather no vacilaba en establecer este aserto: “El único medio de aumentar la producción consiste en no emplear al productor más que en la medida en que pueda desarrollar su esfuerzo útil„.

Mr. Jaurés, *leader* de los socialistas franceses, autor de una proposición de ley acerca de la rebaja de las horas de trabajo, cuenta que en 1871 un gran industrial del Este, Mr. Gaudlu, no hallando mercados suficientes para sus productos, redujo, de acuerdo con sus obreros, á ocho horas la jornada, que duraba once habitualmente, y menos agobiados por la fatiga dieron en ocho horas tanto rendimiento como en once, con la ventaja de lograr

el patrono importantes economías en luz y en carbón.

Pero ¿qué más? Hasta el impenitente individualista Molinari se rinde á la evidencia ante el experimento de Salford y dice: “La reducción de las horas de trabajo puede ser en la industria manufacturera una excelente reforma para patronos y obreros... El obrero tiene por principal oficio vigilar el buen funcionamiento de su máquina; pero si, fatigado de esa vigilancia, se rinde ó descuida, los hilos del telar se romperán, tendrá que componerlos, y de ahí un tiempo inútilmente perdido. Es, pues, natural y lógico que los industriales, al otorgar mayor descanso á sus obreros, obtengan de ellos un trabajo más rápido y perfecto„.

Chamberlain, que no es precisamente un ideólogo, se ha declarado hace tiempo partidario decidido de la jornada de ocho horas, razonando su opinión en estos términos: “La Humanidad tiene el deber de no mirar sólo al presente, sino al porvenir, y los Gobiernos, como órganos de la

„Humanidad civilizada, tienen que pre-
 „ocuparse de la degeneración de la especie,
 „que á más andar se echa encima por
 „efecto de exagerados esfuerzos físicos y
 „mentales. Los hombres de hoy, los patro-
 „nos para aumentar sus ganancias y los
 „obreros para vivir mejor con jornales más
 „crecidos no tienen derecho á consumir en
 „pocos años la reserva de siglos, creando
 „un proletariado cien veces peor que el
 „económico, el proletariado anémico.”

III

Deiahaye, delegado francés en la Conferencia de Berlín de 1890, presentó á la Asamblea una Memoria en la que se lee el siguiente párrafo:

“... Hay actualmente 50 millones de
 „caballos de vapor en actividad en el pla-
 „neta. Es ese un aumento de fuerza me-
 „cánica equivalente á la de 1.000 millo-
 „nes de trabajadores. En presencia de tan
 „prodigioso acrecentamiento de fuerzas
 „parece natural que aumentarán los ocios

„de los trabajadores, y sobre todo el re-
 „poso de niños y adultos para poderse ins-
 „truir y acrecer su bienestar bajo todas
 „las formas. Pues no ocurre así: los niños,
 „los adolescentes, varones ó hembras, están
 „agobiados (*surmenés*) por una prolonga-
 „ción excesiva de la jornada de trabajo
 „en ciertos países, y en otros los obreros
 „vense completamente privados de un
 „día de descanso por semana... ¿Es esto
 „justo?”

Y obsérvese como contraste terrible, irónico, de los hechos, que cuanto más aumenta la duración del trabajo, más disminuye el precio de los salarios; dato extraño, pero exacto, que los franceses han encerrado en esta fórmula gráfica y expresiva: *Longues journées, maigres salaires; courtes journées, forts salaires.*

“Cuando se habla, ha dicho Mr. Bertrand, de reglamentar las horas de trabajo de los obreros adultos, de reducir las largas jornadas de labor, se oye en el acto el argumento de que semejante medida sería contraria á los verdaderos intereses

„de los trabajadores, porque si éstos traba-
 „jan doce, trece, catorce horas por día, es
 „para ganar más. Nada tan falso: *Lon-
 „gues journées, maigres salaires; courtes jour-
 „nées, forts salaires*„.

En el Congreso celebrado en Bruselas
 hace algunos años por la Asociación In-
 ternacional de los Trabajadores se dijo á
 este propósito: “Los carpinteros de Mar-
 „kèt-Drayton trabajan sesenta y una ho-
 „ras por semana y ganan 20 chelines (25
 „francos), mientras que en Oldham traba-
 „jan cincuenta y dos horas por semana y
 „ganan 1 libra 9 chelines (36,25 francos).
 „Los unos perciben 20 céntimos por hora,
 „los otros 33; aquéllos 3,95 francos por día,
 „y éstos 5,50 francos, lo cual representa
 „una diferencia en favor de Oldham de 1,55
 „franco por día, 11,25 francos por semana,
 „en premio de un trabajo que dura nueve
 „horas menos que en Market-Drayton, ó
 „sea una diferencia de tiempo y de dinero
 „que se eleva á 17,50 francos por semana„.

Al compás de los adelantos de la indus-
 tria esta aparente anomalía se acentúa y

se generaliza. En Australia, los relojeros
 trabajan ocho horas (cuarenta y ocho por
 semana) y ganan 16,60 francos por día,
 ó 500 francos al mes; los metalúrgicos
 trabajan nueve horas, y ganan 15 fran-
 cos por día; los obreros de la industria
 textil trabajan diez horas (sesenta ho-
 ras por semana), y sólo ganan 50 fran-
 cos semanales. Los tejedores de la India
 trabajan ochenta horas por semana, y ga-
 nan un salario irrisorio; en cambio, los te-
 jedores ingleses sólo trabajan cincuenta y
 seis horas y media (un poco más de nueve
 diarias), y ganan un salario muy remune-
 rador. ¡Y á pesar de que el mercado de
 algodón se halla en la India misma, las
 filaturas inglesas desafían la concurrencia
 de las filaturas indianas!

En cualquier parte del mundo encuén-
 transe nuevos ejemplos. Baste citar el
 cuadro por industrias que trazó en 1889
 Mr. Soupart, remitiéndolo á la Exposición
 de Economía social de París. Refiérese á
 la tasa de los salarios en las fábricas y
 talleres de Bélgica. Al primer golpe de

vista se observa la exactitud de la fórmula famosa: *Longues journées, maigres salaires; courtes journées, forts salaires*. En las jornadas cuya duración varía de once á trece horas (cifra máxima), el salario anual pasa de 1.100 francos y se eleva en ocasiones hasta 1.400, y, por el contrario, en las jornadas cuya duración oscila entre doce y diez y seis horas, el salario más elevado no es de 729,27 francos. Pero, además, en un mismo oficio ocurre que según disminuye la jornada suele aumentar el jornal, hecho justificado porque la mayor intensidad en la producción es correlativa al mayor descanso en el obrero. La estadística de algunos oficios en el Estado de New-York lo demuestra cumplidamente.

“Un salario alto, ya lo dijo Adam Smith, „excita el celo de las masas obreras. El „jornal remunerador es el incentivo del „ardimiento en el trabajo... Una alimentación mejor aumenta la fuerza del cuerpo humano... Por eso vemos que allí donde el salario es crecido los obreros son

„más activos, más celosos y más hábiles „que donde es exiguó...”

“Inglaterra, dice Brassey, país donde „se paga altos salarios, sostiene una competencia victoriosa con otros países de „salarios ínfimos.”

La Comisión oficial informadora sobre la situación de la industria siderúrgica en Alemania consigna igualmente que “el „obrero inglés, por estar bien pagado, produce más que el obrero alemán, y, por „regla general, todo aumento en el salario aumenta la capacidad productora y „la moralidad del obrero.”

Mr. de Gérard Schulze Gownitz, en su libro sobre *La gran industria*, prueba que las fábricas de algodón en Inglaterra han llegado á una producción extrema bajo la influencia del alza en los salarios y de la reducción de la jornada de trabajo.

El industrial americano Schaenholf demuestra que Inglaterra, vencedora de Europa, es á su vez derrotada por la América del Norte, donde los salarios son mucho más crecidos.

Un volumen, por abultado que fuese, resultaría insuficiente para consignar los innumerables datos recogidos en los últimos años por instituciones análogas á las del Instituto del Trabajo, cuya creación propuse recientemente al Parlamento.

Se aventajan más las aspiraciones del proletariado, por cuya inmediata realización me afano, acumulando hechos y cifras que haciendo alarde de lirismos idílicos ó invectivas revolucionarias. Hombre de gobierno, ansioso de fecundas y radicales reformas, me incumbe demostrar que ellas son la más sólida garantía de la paz pública, y que mejorando la situación del obrero no se compromete el provecho legítimo del capital ni se cohibe el desarrollo de la industria en nuestra Patria.

Ni el derecho, ni la moral, ni la economía política, abonan el error de que la prosperidad de un pueblo haya de cimentarse sobre la miseria y la ignorancia de su proletariado. La religión, el derecho y el interés aconsejan de consuno que la sociedad y el Estado cooperen en España,

como en todas partes lo hacen, á una obra que habrá de realizarse por las imposiciones de la fuerza si no se anticipa el Estado con su intervención jurídica, ejerciendo oficios de árbitro y de moderador.

Importa á todos templar los apasionamientos y las intransigencias, huyendo así del *quietismo* como de la *utopía*, los dos grandes escollos donde puede estrellarse la simbólica nave del Estado. Difundir las enseñanzas recabadas en la experiencia de otros pueblos, utilizándolas mediante una adaptación reflexiva á las actuales condiciones sociales y económicas de España, constituye patriótico empeño, por el cual merece todo linaje de alabanzas el Sr. Revenga, cuyo libro puede recomendarse como modelo á la juventud culta y animosa que en el Ateneo, en la Academia de Jurisprudencia, en los Círculos democráticos, en las Revistas y en la Prensa diaria hace preferente objeto de sus tareas el estudio de las reformas sociales.

J. CANALEJAS Y MÉNDEZ.